

TRIBUNA ABIERTA

¿Acomplejados?



POR ANTONIO NARBONA

La liberación del 'complejo' se irá alcanzando a medida que se tome conciencia de que determinados usos (especialmente, hábitos articulatorios) no gozan de prestigio ni siquiera entre quienes lo practican

LA cuestión de cómo hablan los andaluces puede conducir a su descripción o a su evaluación. En el segundo caso, no son pocos los que responden (mú[y] má[l]), y no tantos los que piensan lo contrario. Algunos de estos últimos sostienen que son los que mejor lo hacen de todos los hispanohablantes. No faltan, claro, las respuestas 'ingeniosas': «No es que hablen un mal español, sino un buen andalú».

Casi todos dan por sabido qué ha de entenderse por hablar (en) andaluz. Y casi ninguno se preocupa de justificar su opinión. Si acaso -como ocurre en todas partes-, se tiende a asociar el mal hablar con los 'de pueblo', se califican rústicos, palurdos, cazurros, baturros... Pero la población andaluza ya no es mayoritariamente rural. Y cualquiera puede comprobar que la competencia idiomática de muchos 'urbanos' deja bastante que desear.

Si no estuviera instalado un sentimiento (que no complejo) de inferioridad en la mente de una parte de los andaluces, no se explicaría que la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía editara, en los años 80 del siglo pasado, unos cuadernos «para conocer las razones del desprestigio de nuestra forma de hablar» y «hacer desaparecer el complejo de inferioridad», o que la de Educación y Ciencia, en una Orden de 1991, estableciera un plan de formación permanente del profesorado, entre cuyos objetivos figuraba «propiciar actitudes que incidan en una mayor estima del habla andaluza». Pero no es menos cierto que los «acompleja[d]o[s]» son cada vez menos. Y no gracias a tales iniciativas 'oficiales', ni, muchos menos, a las campañas promovidas -en las mismas décadas- por grupos andalucistas, bajo lemas del tipo «Habla bien, habla andaluz», «Hablo andaluz, mi habla, mi entidad», «Habla andaluz siempre», etcétera.

¿En qué se manifiesta tal estado de ánimo? La sintaxis apenas cuenta. En cuanto al léxico, difícilmente se puede infravalorar lo que no forma parte de los usos habituales propios. En el libro escolar para alumnos de Educación Secundaria Obligatoria (ESO) que tengo delante, se destaca en un recuadro que el andaluz se «caracteriza» por sus arcaísmos (escarpín, gavía), gitanismos (parné, camelar) y, sobre todo, arabismos (aljofifa, mardal) ¿Quiénes utilizan hoy tales palabras, que, por cierto, figuran en el Diccionario académico sin la marca And[alucía]? No queda, pues, más que la pronunciación, donde la heterogeneidad es extraordinaria.

¿Se origina dentro o llega de fuera? Más bien es un viaje continuo de ida y vuelta. De lo primero no es preciso poner ejemplos. He aquí un par de botones de muestra de lo segundo. En el siglo

XVI escribió Juan de Valdés que la lengua de A. de Nebrija «no está muy pura», por ser de Andalucía. Siglos después (1987), el catalán J. Alsina, en su contestación al discurso de ingreso de F. Marsá en la Academia de Bones Lletres de Barcelona, tras aludir a la infancia de este en tierras meridionales, se apresuró a aclarar que «quam parla castellà aquest deix dialectal no es palesa enlloc: parla un castellà puríssim». ¡Ay la pureza idiomática!

Se equivoca, sin embargo, quien lo considere un «efecto colateral» más de las tensiones generadas por la convivencia (no simple coexistencia) de lenguas en zonas como Cataluña. Y eso que no siempre los juicios se circunscriben al ámbito idiomático. Algunos de sus gobernantes no se han conformado con tildar a los andaluces de «mal habla[d]o[h]» («no se les entiende»), sino también de «vagos, incultos, poco serios», y hasta de «hambrientos y míseros culturales» y de tener una «mentalidad anárquica y pobrísima». Se olvidan incluso de que los descendientes de quienes allí llegaron en busca de una mejor vida han acabado plenamente integrados en la sociedad catalana.

La liberación del 'complejo' se irá alcanzando a medida que se tome conciencia de que determinados usos (especialmente, hábitos articulatorios) no gozan de prestigio ni tienen gran acep-



ABC

tación ni siquiera entre quienes los practican. A nadie se va a obligar a modificarlos. Pero el hecho es que, por ejemplo, algunos han terminado percatándose de que despojarse del ceceo supone alguna ventaja. No se trata, entiéndase bien, de reponer, 'aspirar' o dejar de pronunciar más o menos -s implosivas o finales (los cascos históricos / loh cahcoh hihtórico), o de restituir -parcial o totalmente- el 50% 'perdido' en «to[do] pa[ra] ná[da]» (todo lo cual no se da sólo en Andalucía), sino de que, al comprobar que en ciertas situaciones comunicativas se sale 'ganando' si se evita lo excesivamente 'marcado', frenan o atenúan la inclinación a la alteración, relajación y recorte de sustancia fónica (fonoelipsis): arcarde, quíe -por quiere[s]-, tié -por tiene[s]-, amo-ar-lío -¡vamos al lío!-, etcétera.

De todos modos, insisto, no es la fonética la que ha de explicar que no cese de aumentar el número de los andaluces que hablan cada vez mejor. Y los 'acomplejados', con la ayuda de la instrucción idiomática y del conocimiento, van curándose solos, sin necesidad de tratamiento psicológico.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

